



REVERSIBILIDAD Y ESTILO MOTRIZ EN MERLEAU-PONTY El cuerpo como obra de arte

Reversibility and style in Merleau-Ponty's theory. The body as a work of art

JESICA ESTEFANÍA BUFFONE
CONICET-LICH-UNSAM, Argentina

KEYWORDS

*Merleau-Ponty
Reversibility
Style
Intersubjectivity
Intercorporeality*

ABSTRACT

I will analyze the fundamentals that make possible the discovery, interaction and interweaving with other subjectivities. I consider that in this circuit of reversibility in which the others are a constitutive part of ourselves, the perception of the motor style is what gives rise to intersubjective exchanges, being this kinesthetic and intercorporeal primary pairing the origin of joint action and, thus, of any community bond. From the description that Merleau-Ponty makes of this dynamic of involvement of my body with the environment, the surrounding world is a constitutive part of that exchange, determining specific ways of doing and moving together.

PALABRAS CLAVE

*Merleau-Ponty
Reversibilidad
Estilo
Intersubjetividad
Intercorporalidad*

RESUMEN

En este trabajo, se analizarán los fundamentos que posibilitan el descubrimiento, la interacción y el entrelazo con otras subjetividades. Considero que en el circuito de reversibilidad en el que los otros son una parte constitutiva de nosotros mismos, la percepción del estilo motriz se instala como la base del emparejamiento cinestésico e intercorporal, el cual posibilita la acción conjunta y, en definitiva, cualquier lazo comunitario. Desde la descripción que Merleau-Ponty realiza de esta dinámica de implicación de mi cuerpo con el entorno, el mundo circundante es una parte constitutiva de ese intercambio, determinando formas específicas de hacer y moverse conjuntamente.

Recibido: 25/ 01 / 2023
Aceptado: 28/ 02 / 2023

1. Introducción. Cuando la pregunta por nosotros mismos nos conduce a los otros

La percepción del mundo es significativa; nos traspasa, nos determina, para que luego podamos apropiarnos de ese sentido y convertirlo en algo novedoso. Las cosas, el cuerpo de los otros y mi propio cuerpo tienen características determinadas que hacen que vibremos (o no) en consonancia: la efusividad de una tormenta, la profundidad de un contrabajo en una melodía enardecida, los trazos de Rothko partiendo el lienzo en dos y los gestos enrevesados y torpes de los cuerpos vivientes al expresar la furia, pueden tener más notas en común de las que creemos. Nuestro cuerpo tiene un estilo y es a partir de él que se nos aparecen las cosas y las otras personas como el correlato de formas determinadas de existir. En esa comunión con los otros, en donde al encontrarlos, nos encontramos con nosotros mismos, está el origen de la comunidad.

En la fenomenología corporal de la percepción de Maurice Merleau-Ponty, el cuerpo es descrito como una construcción intersubjetiva, cambiante y significativa, análoga a una obra de arte. Esta concepción del cuerpo presenta el acceso a los otros como un proceso que se da en la interacción misma, a partir del movimiento percibido y de la acción compartida sobre las cosas del mundo. En este trabajo, se analizarán los fundamentos que posibilitan, desde esta forma de entender la corporalidad, el descubrimiento, la interacción y el entrelazo con otras subjetividades. En este circuito de reversibilidad en el que los otros son una parte constitutiva de nosotros mismos, la percepción del *estilo motriz* se instala como la base del emparejamiento cinestésico e intercorporal, el cual posibilita la acción conjunta y, en definitiva, cualquier lazo comunitario. Desde la descripción que Merleau-Ponty realiza de esta dinámica de implicación de mi cuerpo con el entorno, el mundo circundante es una parte constitutiva de ese intercambio, determinando formas específicas de hacer y moverse conjuntamente. Para dar cuenta de esta dinámica, se presentará, en primer lugar, la descripción que Merleau-Ponty realiza del cuerpo en términos de construcción intersubjetiva, sociológica y plástica, para luego analizar la noción de *estilo corporal*. Considero que la teoría corporal de la percepción del fenomenólogo francés nos da elementos para comprender el acceso a los otros desde una perspectiva situada, histórica y corporal, haciendo de la percepción de los otros y de nosotros mismos una unidad fluctuante y reversible que da cuenta de la implicación de nuestro cuerpo con el mundo. A partir de la *reversibilidad motriz*, de la percepción del *estilo corporal* y de la referencia compartida al entorno es que podemos comprender la intersubjetividad y la intercorporalidad en su dimensión constituyente.

2. ¿Por qué no podemos pensar(nos) sin pensar a los otros?

2.1. El cuerpo como “cuerpo vivido”

En el «Prólogo» de *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty nos presenta una forma novedosa de situarnos frente al mundo para comprenderlo: la facticidad del hombre y de nuestro entorno son la puerta de entrada para su comprensión, la cual tendrá lugar dentro de la existencia misma. «El mundo es lo que percibimos» (Merleau-Ponty, 1984, p.9), sostiene, por lo que, si se quiere pensar rigurosamente el mundo de la ciencia, tendremos «que despertar esta experiencia del mundo del que ésta es su expresión segunda» (Merleau-Ponty, 1984, p.8). Somos del mundo y la única manera que tenemos de advertir nuestro enraizamiento es suspender esa «complicidad» que guardamos con él y rescatar la originalidad de nuestro contacto con las cosas y con los otros.

En *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty presenta una crítica a la actitud metodológica que la psicología había tomado a la hora de comprender y describir la corporalidad: para el fenomenólogo, esta disciplina no tuvo en cuenta la ambivalencia del cuerpo, al considerarlo como un objeto más entre los otros objetos del mundo. Para el fenomenólogo, la imposibilidad de encerrar al cuerpo en el ámbito de lo objetual radica en que no podemos actualizar todos los horizontes revelados en el acto perceptivo mismo: hay zonas «lagunares», oscuras, que no podemos percibir directamente y que son del ámbito de lo fantasmático. La actitud objetivante frente al cuerpo responde a un error que esta disciplina ha perpetuado en el análisis de la subjetividad: los psicólogos han hablado del cuerpo como sujetos descarnados, sin atender a los problemas filosóficos que suscita el poseer también un cuerpo. En la medida en que no puedo dejar de estar situado respecto de él, el cuerpo no se puede presentar como un objeto exterior a nosotros mismos, siendo el punto de partida de nuestra aprehensión del mundo. Pensar que, a la hora de brindar una descripción acabada del cuerpo, esta

dificultad puede ser resuelta con la sumatoria de miradas o perspectivas (esto es, la incompletitud del conocimiento que sobre el cuerpo posee la psicología sería salvada por los saberes de la física o de la química) es, para Merleau-Ponty, el resultado de cierto «pensamiento mágico» propio de esta disciplina. El cuerpo, en tanto constructo plástico, histórico, sociológico y libidinal, no puede ser asido en su totalidad, en la medida en que siempre hay algo de él mismo (de nosotros mismos) que se nos escapa.

Para Merleau-Ponty, el cuerpo es una construcción histórica, en la que se sedimentan formas de hacer y de relacionarnos con el entorno y con los otros. El cuerpo objetivo (*Körper*), pasible de ser medido y descrito como un objeto visto desde fuera, es diferenciado del cuerpo vivido o fenomenal (*Leib*), asiento de formas habituales de movernos en el espacio y de relacionarnos significativamente con las cosas. En *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty introduce el concepto de *cuerpo habitual* a partir del análisis que realiza del miembro fantasma y de la anosognosia. Allí, discute las explicaciones psicológicas y fisiológicas que se han dado hasta entonces: una explicación fisiológica, interpretaría estas experiencias como la persistencia o supresión de estímulos interoceptivos; según la explicación psicológica, en cambio, el miembro fantasma «pasa a ser un recuerdo, un juicio positivo o una percepción», mientras que la anosognosia es considerada «un olvido, un juicio negativo o una impercepción» (Merleau-Ponty, 1984, p. 99). En cambio, para el filósofo, tanto el miembro fantasma como la anosognosia deben ser entendidos como formas específicas de ser-del-mundo¹, ya que son experiencias en donde se puede identificar un sujeto empeñado y enquistado en una situación determinada; un yo que se dirige al mundo con sus habitualidades motrices y perspectivas pasadas. En este sentido, el miembro fantasma es explicado a partir de una conservación del campo práctico previo a la mutilación, el cual suscita movimientos habituales y formas específicas de lidiar con ciertas tareas. Los objetos interrogan a un cuerpo histórico, al cuerpo habitual correspondiente a otra situación vivida. Es así como el cuerpo se muestra en sus dos dimensiones: como *cuerpo habitual* y como *cuerpo actual*, y es en el primero donde «figuran los gestos de manejo que han desaparecido del segundo» (Merleau-Ponty, 1984, p. 101). En el cuerpo del sujeto amputado perviven los «ritmos» propios de los estímulos y situaciones habituales que rodeaban al sujeto antes de la amputación; los proyectos motores están sujetos aún a un cuerpo objetivo que ha sufrido modificaciones, por lo cual se produce un desajuste entre las habitualidades motrices y el cuerpo amputado. Asimismo, la experiencia de los anosognósicos muestra que su condición no puede explicarse como un desconocimiento del propio cuerpo, sino como una alteración del campo práctico del sujeto, ya que cuando hablan de su cuerpo (de su brazo como «una "serpiente"² larga y fría») conocen los límites del cuerpo objetivo. El cuerpo habitual, entonces, aparece como la sedimentación histórica de formas determinadas de moverse, de actuar y de conocer el mundo, las cuales se encuentran en gran medida ocultas a nuestra conciencia, cristalizadas e invisibilizadas a fuerza de repetición.

A partir de este análisis, Merleau-Ponty concluye que la espacialidad de nuestro cuerpo y la experiencia que tenemos de él no está determinada necesariamente por los contornos objetivos del mismo. Por ejemplo, cuando experimentamos dolor, todo nuestro cuerpo parece concentrarse en el sector dolorido y el resto del cuerpo se desdibuja alrededor del foco del padecimiento como si fuera «una cola de cometa». Por esa razón, la espacialidad del cuerpo propio es una espacialidad determinada por la situación que nos atraviesa, a diferencia de los objetos del mundo que poseen una espacialidad determinada por la posición que ocupan entre otros objetos³. El cuerpo es, entonces, un campo de fuerzas que se organiza a partir de la situación en la que está inmerso: sensaciones como el dolor, el placer o la tristeza imprimen cambios en la forma en la vivimos los límites de nuestra propia corporalidad, por lo que un estudio del comportamiento no podría desconocer este movimiento vital de la experiencia, que nos hace vivirla a cada uno de una forma diferente.

¹En este análisis, el cuerpo es entendido como «quicio del mundo» o «vehículo del ser-del-mundo» con el cual me conecto con ciertos proyectos y tareas.

² Merleau-Ponty toma esta descripción del trabajo de Lhermitte, *L'image de notre corps*. Ver «La síntesis del propio cuerpo» (Merleau-Ponty, 1984, p. 165).

³ «Si, de pie delante de mi mesa, me apoyo en ella con mis dos manos, solamente estas quedarán acentuadas y todo mi cuerpo seguirá tras ellas como una cola de cometa. No es que yo ignore la ubicación de mis hombros o de mis lomos, lo que ocurre es que esta queda envuelta en la de mis manos y toda mi postura se lee, por así decir, en el apoyo que estas toman sobre la mesa» (Merleau-Ponty, 1984, p. 117).

De esta forma, el esquema corporal será entendido por Merleau-Ponty como una construcción histórica y, ante todo, plástica. La plasticidad del cuerpo, característica que se puede encontrar en Schilder (1994), implica una redefinición de los límites de mi propia corporalidad. Los límites del cuerpo se vuelven difusos y se encuentran continuamente redefinidos y atravesados por los objetos que son manipulados asiduamente: así, cuando un ciego recorre el espacio con su bastón, la sensibilidad táctil se extiende hasta la punta misma de dicho objeto. Los objetos que utilizamos para explorar o recorrer el mundo se encuentran dentro de los límites de mi esquema corporal, organizado a lo largo del tiempo por la acción y el entrelazo con los otros. Las fronteras del cuerpo no son definitivas y pueden fluctuar en virtud de las relaciones habituales que establecemos con los otros y con las cosas que nos rodean, por lo que los límites del esquema corporal no están determinados por el contorno de nuestra piel.

Por otra parte, los aspectos táctil, visual y motor de mi cuerpo no están meramente coordinados como un engranaje en donde hay una correspondencia entre los diferentes sentidos, sino que todos los movimientos que realiza mi cuerpo tienen «una significación común» (Merleau-Ponty, 1984, p. 166). No hay una traducción de un estímulo de un sentido a otro, sino que ese pasaje se da en la acción misma, «son mi propio cuerpo» (Merleau-Ponty, 1984, p. 166). Lo que vincula los aspectos interoceptivos con los exteroceptivos de mi corporalidad es que todo mi cuerpo comporta un mismo *estilo* motriz, que impregna la forma que tengo de moverme en el mundo. Por esa razón, Merleau-Ponty considera que el cuerpo no debe ser analizado como un objeto, sino, más bien, como una obra de arte, cuya descripción no puede restringirse a una descripción de las «partes» que lo conforman. De la misma forma en que «en un cuadro o en un fragmento de música, la idea no puede comunicarse más que por el despliegue de los colores y los sonidos» (Merleau-Ponty, 1984, p. 167), el estilo del cuerpo se revela en el movimiento, como una expresión del ser-del-mundo del sujeto⁴.

Es así como el concepto de estilo permite pensar al cuerpo como una unidad dinámica, en donde nuestros sentidos están interconectados. En el acto perceptivo, «los sentidos se traducen el uno al otro sin necesidad de intérprete, se comprenden el uno al otro sin tener que pasar por la idea» (Merleau-Ponty, 1984, p. 249). Por esa razón, el cuerpo es descrito por Merleau-Ponty (1984) como la «simbólica general del mundo» (p. 251), un polo significado y significante a partir del cual las cosas y los otros se nos abren bajo una dimensión de sentido determinada. En tanto el cuerpo es concebido como un espacio atravesado por el entorno, los movimientos observados puedan ser trasladados a mi propio cuerpo y las cosas que utilizamos o manipulamos se integran paulatinamente a nuestro esquema. Por esa razón, el esquema corporal es una estructura intercorporal e intersubjetiva, en la medida en que mi cuerpo se proyecta en el cuerpo de los otros y, al mismo tiempo, los introyecta (Merleau-Ponty, 1995). La acción conjunta sobre el mundo y la referencia compartida a las cosas nos traban en una relación de mutua implicación con otras subjetividades, más allá de los procesos definitorios (de los cuales también se ocupa Merleau-Ponty⁵) propios de los primeros meses de vida.

2.2. Sobre la aperturidad de nuestro cuerpo: la reversibilidad motriz

La descripción del cuerpo en tanto esquema motriz o cuerpo habitual hace de los otros, de la experiencia y de los objetos que manipulamos asiduamente una parte constitutiva de la corporalidad. El mundo humano y el mundo de los objetos se presentan como dimensiones que conforman e, incluso, delimitan las fronteras de mi cuerpo, determinando formas específicas de conocer nuestro entorno. Por esa razón, realizar una división tajante entre mi cuerpo y los objetos, entre mi cuerpo y los otros, respondería a una divisoria meramente analítica que desconoce las relaciones de implicación entre este y el mundo. En la aperturidad del cuerpo hacia los otros y hacia los objetos, se puede observar el entrelazo de la naturaleza con la cultura, de la biología con la historia; dos dimensiones que, en la fenomenología merleau-pontyana, se presentan como indiscernibles, como solapadas y trabadas en una dialéctica compleja.

⁴ Por esa razón, Merleau-Ponty sostiene que difícilmente podemos reconocer nuestra mano en una fotografía pero que, en cambio, podemos reconocer nuestra silueta o su modo de andar en un video. Ver «La síntesis del propio cuerpo» en Merleau-Ponty (1984), p. 166.

⁵ Ver: Merleau-Ponty, M. (2001). *Psychologie et pédagogie de l'enfant. Cours de Sorbonne (1949-1952)*. Verdier.

Para Gallagher (2017), la percepción directa de las otras subjetividades⁶ tiene como base en la filosofía merleau-pontyana la diferenciación entre *intercorporeidad* e *intersubjetividad*, siendo la primera «un fenómeno pre-reflexivo y relacional que puede ser aún más básico que la intersubjetividad» (Gallagher, 2017, p. 24). Esta relación pre-teórica que establezco con los otros toma la forma de la *reversibilidad* en la obra de Merleau-Ponty: yo formo un sistema con los otros, cimentado en la dimensión motriz (y, más aún, táctil) que nos atraviesa y determina desde el nacimiento. Desde una perspectiva de este tipo, «la mayor parte de lo que necesitamos para nuestra comprensión cotidiana de los demás ya está presente en sus comportamientos contextualizados a medida que entran en nuestras interacciones intersubjetivas» (Gallagher, 2017, p. 31). El ejemplo de reversibilidad que explican tanto Husserl (1996) como Merleau-Ponty (1984) es el caso de las manos de una persona que se tocan una con otra, en donde hay una «reversibilidad secuencial dinámica» (Gallagher, 2017, p. 24). Para Merleau-Ponty, incluso, se produciría una dinámica similar entre dos personas:

El apretón de manos también es reversible, yo puedo sentirme tocado del mismo modo y al mismo tiempo que tocante, y ciertamente no existe un gran animal del que nuestros cuerpos sean los órganos, como las manos, los ojos, lo son para cada uno de ellos. ¿Por qué no existiría sinergia entre diferentes organismos, si es posible en el interior de cada uno? (Merleau-Ponty, 2010, p. 129)

La reversibilidad que identifica Merleau-Ponty en nuestro propio cuerpo y en la relación con el cuerpo de los otros, es una característica del cuerpo fenomenal, a partir del cual podemos comprender la ligazón que poseemos con las otras corporalidades y con las cosas. El cuerpo entendido como esquema implica no solamente que la génesis de nuestra corporalidad es eminentemente intersubjetiva, sino también que los otros nunca dejan de ser parte de nosotros mismos. Formamos parte de una «colectividad anónima» (Merleau-Ponty, 2001, p. 312) del mundo, como aquel fondo carnal que nos atraviesa y con el que nunca dejamos de estar implicados. La reversibilidad como una característica intrínseca de nuestro esquema corporal es lo que permite que mi cuerpo se trabee en un circuito de mutua redefinición con quienes interactuamos de forma habitual. La reversibilidad, entonces, es la expresión de la aperturidad del cuerpo, pero entendida en ligazón irrecusable con las demás corporalidades y, al mismo tiempo, es el entrelazo dinámico que establecemos con los otros en tanto polo de nuestra acción. Los otros aparecen en nuestro escenario perceptivo en la medida en que sus movimientos y su acción en el mundo son eminentemente expresivas y significantes para nosotros: en el movimiento de las otras corporalidades, encuentro un *estilo corporal* análogo al mío. Así, el encuentro con otras subjetividades se presenta como un circuito de mutuo reconocimiento, como un correlato de mi propia motricidad.

3. El estilo motriz: reconocernos en el movimiento de los otros

El concepto de *estilo* es presentado por Merleau-Ponty como una «generalidad preconceptual», «preobjetiva», como la dimensión significativa que recorre de forma transversal no solo la producción de un artista, sino también la cadencia de nuestro cuerpo. Como hemos visto, para el fenomenólogo el cuerpo tiene un estilo motriz, lo cual lo asemeja (antes que a un objeto manipulable) a una obra de arte que se resiste a ser completamente percibida o aprehendida, y cuyo significado se escurre a cada momento frente a mi propia mirada. Reconocible por el vaivén del andar, por la intensidad de sus movimientos, por el ritmo que tiene al moverse entre los otros, el cuerpo no puede ser concebido como una cosa más entre las cosas de este mundo, sino como una construcción de sentido siempre oscilante. Para Merleau-Ponty, la voz y los movimientos de nuestro cuerpo conformarían una «puesta

⁶ Si bien en este trabajo no me centraré en los aportes que Merleau-Ponty realiza al debate actual en torno a la cognición social, cabe mencionar que algunos elementos de su teoría han sido tomados para dar cuenta del reconocimiento de los otros desde una perspectiva corporal y situada (Gallagher, 2017; Gallagher y Zahavi, 2012). Por un lado, el rol que el cuerpo ocupa en la comunicación efectiva de las emociones y, por otro, la implicación y mutua injerencia de los sujetos que forman parte de la interacción son algunos de los análisis que pueden sumar elementos teóricos de interés para quienes abordan el acceso a las otras subjetividades desde una perspectiva de segunda persona, la cual postula que la vida mental o las emociones no se infieren a partir de un proceso interno al sujeto receptor, sino que se perciben en el escenario interactivo, como formando parte del agente que manifiesta dicha emoción (Gomila, 2002; Pérez, 2013; Gomila y Pérez, 2017; Gallagher, 2017).

en escena» a partir de la cual entramos en el escenario perceptivo de los otros, quienes adquieren el estatus de «una ceremonia» organizada a partir de la acción y del estilo de su motricidad. De esta manera, el encuentro con los otros se da en la medida en que compartimos un mismo campo de percepción y de acción, en el que el otro se dirige al mundo de una forma análoga a la mía. El encuentro con los otros se efectúa, entonces, en el momento en que el mundo se nos abre de una forma similar y nos evoca posibilidades de acción similares: en el gesto mismo de dirigirme a las cosas y a los otros, en el ademán conjunto de asir un objeto, de darle sentido y de integrarlo a un curso de acción, es donde me encuentro con las otras subjetividades. En esta dirección, la comunidad es, en definitiva, una comunidad de sentido:

Contemplo a ese hombre inmóvil en su sueño, y que se despierta de súbito. (...). Cuando el hombre dormido entre mis objetos comienza a dirigirles gestos, a usar de ellos, no puedo dudar ni un solo instante de que el mundo al que se dirige sea verdaderamente el mismo que yo percibo. Si percibe algo, habrá de ser sin duda mi propio mundo, puesto que nace en él. (Merleau-Ponty, 1971, p. 197)

El curso de acción que suscita una situación determinada y que es compartido por otros no está definido por la percepción constante de una *Gestalt*, sino más bien por el «reconocimiento de un estilo» (Merleau-Ponty, 2001, p. 549). En este reconocimiento, se reasume una intención práctica que comparto con otros, cuya acción es comprendida en la medida en que logro reconocer sus intenciones y los objetivos de su acción. De esta forma, el otro no se me aparece como el resultado de una operación intelectual que, a posteriori, me revelará las intenciones ocultas detrás de los gestos, sino que se me presenta en la acción, en sus movimientos, en la tonicidad de sus músculos. La ira que identifico en otro sujeto no puedo concebirla separada de su gestualidad, ya que «todo eso no ocurre fuera del mundo y como en un santuario alejado más allá del cuerpo del hombre encolerizado» (Merleau-Ponty, 2002, p. 50). Veo la ira directamente y cualquier intento por ponerla en relación con mi propia ira no podrá revelarme demasiado acerca de ella, ya que comprendo las emociones de los otros en el escenario mismo en el que tienen lugar y no como un acto de entendimiento que efectúo a posteriori a partir de mis propias emociones.

El fenomenólogo sostiene que, incluso un bebé de pocos meses puede distinguir la ira en el rostro de otra persona, siendo imposible que haya obtenido ese conocimiento por un trabajo introspectivo sobre sus propios signos físicos correspondientes a dicha emoción. Este reconocimiento se produce porque «el cuerpo del otro, en sus diversas gesticulaciones, se le aparece investido de entrada de una significación emocional», lo cual hace que el niño aprenda a conocer «el espíritu» como un «comportamiento visible» (Merleau-Ponty, 2002, pp. 53-54). De esta forma, la comprensión y acceso a los otros se dan en el ámbito interactivo, en donde tenemos una experiencia directa de su vida emocional a partir de los gestos, el movimiento y la tonicidad del cuerpo. Por esa razón, para Merleau-Ponty, el «problema» de acceso a las otras mentes no es sino un falso problema: los otros están allí desde un inicio, dirigiéndose al mundo de una forma análoga a la nuestra. Siempre formaremos parte de esta «colectividad anónima» de la que habla el fenomenólogo, ya que no podremos permanecer impasibles frente a los ademanes, gestos y palabras de los otros, sin que hagan mella en nuestra forma de estar en el mundo.

Por otra parte, el concepto de estilo está relacionado en la obra de Merleau-Ponty con una forma novedosa y específica de comprender el acto perceptivo, el cual conforma una unidad con la expresión. De esta manera, concebir la percepción como la captación motriz de una significación implica un cambio en la forma en la que entendemos «lo observable»:

Lo que encuentre, comparado con lo real "observable", va a verse sometido a un principio de deformación más secreto, que hará que en definitiva lo que el espectador vea sobre el cuadro no sea simplemente la evocación de una mujer, ni de mi oficio (...) sino de una manera típica de habitar el mundo. (...). Hay significación cuando sometemos los datos-del-mundo a una "deformación coherente". (Merleau-Ponty, 1971, p. 100)

La descripción de la percepción como una «deformación coherente» hace que esta no pueda ser descripta en términos de factores puramente físicos o psicológicos. El mundo percibido se nos aparece

con un estilo preobjetivo operante, el cual da a lugar y posibilita la experiencia misma. Por esa razón, Merleau-Ponty establece un nexo entre la percepción y la expresión, ya que la primera se efectuará a partir de una reconstrucción significativa de lo percibido, que se encuentra atravesado, a su vez, por un estilo previo. Lo percibido se nos presenta articulado a partir de una dinámica de figuras y fondos, donde ciertos elementos adquieren un valor instituyente, a partir de los cuales se mide o percibe todo lo demás. La percepción se instala, entonces, como percepción de una distancia (*écart*), de una fluctuación constante entre una figura y un fondo que posibilita la aparición misma de lo percibido; es sobre este juego de «desviaciones» o «buenos errores» que las cosas y los otros se nos presentan. Percibir el mundo, esto es, percibir las cosas y a los otros, no implica meramente la captación de las propiedades físicas y medibles de lo percibido, sino más bien aproximarse a un sentido que circula en la experiencia y que hace que el mundo siempre posee para mí una significación.

La definición del cuerpo como «sistema de equivalencias» implica no solamente que la motricidad y la percepción están teñidas por un estilo análogo, sino que también la percepción del mundo se presenta como una «reconstrucción» a partir de esta significación operante. Merleau-Ponty (2011) habla de una superposición (*empiétement*) ontológica de las cosas sobre nosotros, en donde nuestra conciencia perceptiva participa directamente de un intercambio carnal con las cosas: «estoy cerca de la cosa porque ella toma posesión de mi cuerpo para hacerse percibir por él (el color me impone cierto ritmo vital, el sonido cierta adaptación de la voz)» (p.49)⁷. La cercanía con las cosas está determinada por una «relación expresiva» entre lo percibido y el sujeto de la percepción; lo percibido se revela por «su vibración en mí» (p.49)⁸, imponiendo su estilo. De esta manera, la percepción es un acto expresivo en el que «engendro» lo percibido, cuyo sentido se origina en la relación de nuestra situación con el mundo (Merleau-Ponty, 1971).

Esta «generalidad del cuerpo» es lo que va a permitir a Merleau-Ponty identificar cierta estructura circular en el esquema corporal, «en virtud de la reciprocidad misma de la incorporación» (Saint Aubert, 2004, p. 116) de las habitualidades. Esta circularidad tendrá un valor ontológico, «generalizando la carne (mi carne) a la carne de la cosa» (Saint Aubert, 2004, p. 116). El cuerpo establece con el mundo un circuito, una dinámica circular y reversible de mutua significación, por lo cual Merleau-Ponty sostiene que «mi cuerpo es la textura común de todos los objetos y es, cuando menos respecto del mundo percibido, el instrumento general de mi "compreensión"» (Merleau-Ponty, 1984, p. 250). La equivalencia entre mi esquema corporal y las cosas es lo que posibilita para Saint Aubert (2011) la implicación con el mundo. De esta forma, la percepción no implica meramente responder de forma automática a los estímulos que un medio objetivo me arroja. El acto perceptivo se define por una implicación carnal con las cosas y con los otros, mediada por la situación que me atraviesa y que resignifico en el momento en que la percibo.

Percibir a los otros y percibir al mundo, entonces, se presenta dentro de la fenomenología de Merleau-Ponty como una experiencia cuasi estética, en donde la cercanía se da por un circuito de reversibilidad entre mi cuerpo y lo percibido. Aquello que es percibido como significativo es, de alguna manera, parificado con la experiencia que poseemos del mundo. Es por ello que, para el filósofo, percibir al otro es una experiencia análoga al hábito: encuentro en el otro las significaciones que, de alguna forma, ya circulan en mí. Hay una transferencia de sentidos, pero que se da a partir de la acción sobre el mundo, del movimiento; encuentro al otro en ese ademán análogo al que yo estoy realizando, dirigiéndose a un entorno que también cuenta para mí. Tanto el momento en el que el bebé se traba en un diálogo armónico con su madre en el amamantamiento, como el vaivén frenético de un festejo colectivo, son experiencias caracterizadas por cierto emparejamiento motriz, posibilitado no solo por un objetivo en común que puede ser externo a la experiencia misma, sino por cierta dinámica interna a la acción que posee para unos y otros un mismo sentido, un mismo estilo de comportamiento. Hay un reconocimiento ciego, que se da en la participación de este circuito con los otros, sin los que la experiencia misma carecería de sentido. Por esa razón, ser con el otro es una experiencia que tiene al mundo como trasfondo, como ese polo hacia el que nos dirigimos y con el cual guardamos cierta similitud o familiaridad. La experiencia colectiva, esa carne del mundo de la que siempre participamos pero que, en algunas ocasiones, pasa a ser evidente para nosotros, se da como una comunidad de sentido, que tiene como trasfondo estilos motrices similares.

⁷ Merleau-Ponty (2011) [20] [14].

⁸ Merleau-Ponty (2011) [20] [14].

4. La felicidad de encontrarnos en los otros

«Todos están solos y nadie puede abstenerse de los otros, no solo por su utilidad, sino por su felicidad». (Merleau-Ponty, 2002, p. 55)

Sentirse invadido por la frescura de una pintura, moverse rítmicamente en medio de una multitud enardecida y percibir la tristeza en el andar de una amiga son experiencias en donde la percepción no se puede describir a partir de una modalidad perceptiva determinada: la experiencia se me muestra como un paisaje complejo atravesado por un «halo» (tal como Merleau-Ponty mencionará en *La duda de Cézanne* sobre la experiencia artística) que le da unidad y sentido para el sujeto percipiente.

La forma en la que Merleau-Ponty entiende el cuerpo hace de los otros una parte constitutiva de nosotros mismos. Los otros forman parte de la organización de nuestra corporalidad, de sus límites y de la forma en la que nos movemos. La interacción con las otras subjetividades se da a partir de la percepción de un estilo motriz análogo al mío, de esta cualidad multimodal que presenta al otro como un polo de acción responsivo que me reporta cierto conocimiento sobre mí mismo. Cuando soy observado por otro y profundizo así la sensibilidad propioceptiva o cuando el bebé ve «coreografiada» en el rostro del otro las emociones que experimenta propioceptivamente (Ospina Tascón y Español, 2016), los otros pasan a formar parte de nuestro campo perceptivo como partes definitorias del repliegue que poseo sobre mí mismo. Ese encuentro, esa «sintonización» (Rivière, 1986) primaria que se da de forma subrepticia durante los primeros meses de vida (pero que se sostiene a lo largo de nuestros intercambios en la vida adulta), se erige como el fundamento de la interacción y de la acción colectiva. El otro forma parte de mi propio esquema corporal como integrante de ese circuito de reversibilidad y afectación en el que el mundo y las otras subjetividades aparecen como tales, en la medida en que puedo reconocer allí algo de mí mismo. La pregunta por la presencia de los otros aparece desdoblada cuando comprendemos el cuerpo a partir de la acción y de la motricidad: por un lado, el otro aparece como dimensión fundante de mi corporalidad, como aquel esquema en el que mi cuerpo echará raíces y a partir del cual se organizará. Por otro, las otras subjetividades se nos presentan como correlato de nuestra acción, dirigiéndose al mundo de la misma forma en la que lo hacemos y con quienes podemos establecer lazos de reciprocidad. Los otros son también portadores de sentido, acercándonos las cosas con usos y significaciones determinadas en el seno de una comunidad. Así, el otro se nos aparece como vehículo y transmisor de formas de ser y actuar en el mundo.

La fenomenología merleau-pontyana no solo nos conduce a pensar el conocimiento de los otros como dado en la acción y presente en los gestos, sino que revela parte del tejido comunitario y mundano que sostiene esa cognición. El primer emparejamiento motriz (el *accouplement*⁹) que tiene lugar durante los primeros meses de vida y cuya raigambre es, ante todo, táctil, abre paso a un emparejamiento cimentado en los gestos compartidos, en el movimiento conjunto hacia las cosas y hacia los otros. Compartimos un mismo estilo de movernos y de expresar nuestra vida emocional, la cual nunca se encuentra encerrada en la esfera de la propiedad. Somos, «colaboradores de una reciprocidad perfecta, nuestras perspectivas se deslizan una dentro de la otra» (Merleau-Ponty, 1984, p. 366), actuando de forma conjunta frente a un mundo que nos suscita conductas similares. Merleau-Ponty (2002) sostiene que «el contacto de nosotros mismos con nosotros mismos siempre se hace a través de una cultura, por lo menos a través de un lenguaje que recibimos desde afuera y que nos orienta en el conocimiento de nosotros mismos» (p. 54). De esta manera, el conocimiento de los otros me acerca a ese suelo mundano de la existencia, a esa sedimentación de sentido que circula en una sociedad y hace mella en la organización de nuestro esquema corporal, como testimonio siempre cambiante de la acción y de la historia.

⁹ *Accouplement* es la traducción del término *Paarung* que Husserl (1996) menciona en la «Quinta Meditación». Este término puede ser traducción por «parificación» o «acoplamiento» y refiere a cierto tipo de «asociación» motriz con el cuerpo de los otros. Merleau-Ponty menciona este concepto en los cursos de Sorbona para señalar que concebir el «acceso» a los otros como un problema es, desde un inicio, erróneo.

Referencias

- Gallagher, S. (2017). Intercorporeidad y reversibilidad: Merleau-Ponty, emoción, percepción e interacción. En D. Pérez y D. Lawler (Eds.), *La segunda persona y las emociones* (pp. 23-44). SADAF.
- Gallagher, S. y Zahavi, D. (2012). *La mente fenomenológica*. (M. Jorba Grau, Trad.). Alianza.
- Gomila, A. (2002). La perspectiva de segunda persona de la atribución mental. *Azafra*, 1, 123-138.
- Gomila, A. y Pérez, D. (2017). Lo que la segunda persona no es. En D. Pérez y D. Lawler (Eds.), *La segunda persona y las emociones* (pp. 275-297). SADAF.
- Husserl, E. (1996). *Meditaciones cartesianas*. (De J. Gaos y M. García-Baro, Trads.). Fondo de cultura económica (original en alemán, 1931).
- Merleau-Ponty, M. (1971). *La prosa del mundo*. (Francisco Pérez Gutiérrez, Trad.). Taurus (original en francés, 1969).
- Merleau-Ponty, M. (1984). *Fenomenología de la percepción*. (J. Cabanes, Trad.). Planeta-Agostini (original en francés, 1945).
- Merleau-Ponty, M. (1995). *La Nature. Notes Cours du Collège de France*. Éditions de Seuil.
- Merleau-Ponty, M. (2001). *Psychologie et pédagogie de l'enfant. Cours de Sorbonne (1949-1952)*. Verdier.
- Merleau-Ponty, M. (2002). *El mundo de la percepción. Siete conferencias* (Víctor Goldstein, Trad.). Fondo de Cultura Económica (original en francés, 1948).
- Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. (E. Consigli y B. Capdevielle, Trads.). Nueva visión.
- Merleau-Ponty, M. (2011). *Le monde sensible et le monde de l'expression. Cours au Collège de France. Notes, 1953*. MetisPresses.
- Ospina Tascón, V. y Español, S. (2016). El movimiento y el sí mismo. En S. Español, *Psicología de la música y el desarrollo. Una exploración interdisciplinaria sobre la musicalidad humana* (pp. 111-156). Paidós.
- Pérez, D. (2013). *Sentir, desear, creer. Una aproximación filosófica a los conceptos psicológicos*. Prometeo.
- Rivière, A. (1986) Interacción precoz. Una perspectiva vygotskiana a partir de los esquemas de Piaget. En M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar (Eds.) *Ángel Rivière. Obras escogidas, Vol II* (pp. 109-142). Panamericana.
- Saint Aubert, E. (2004). C'est le corps qui comprend ». Le sens de l'habitude chez Merleau-Ponty. *Alter. Revue de phénoménologie*, 12, 105-128.
- Saint Aubert, E. (2011). Avant-propos. En Merleau-Ponty, M., *Le monde sensible et le monde de l'expression. Cours au Collège de France. Notes, 1953*. MetisPresses.
- Schilder, P. (1994). *Imagen y apariencia del cuerpo humano. Estudios sobre las energías constructivas de la psique*. Paidós.